

Una obra, por tanto, que merece alabanza y agradecimiento, a pesar de que nos hubiera gustado encontrar mayor profundidad en algunos aspectos teológicos y exegéticos del comentario a la obra de S. Hilario.

CLAUDIO BASEVI

Dany DIDEBERG, *Saint Augustin et la première épître de Saint Jean. Une théologie de l'agapé*, Paris, Ed. Beauchesne («Théologie historique», n. 34), 1975, IV + 254 pp., 13 × 21.

Este libro es la segunda parte de la tesis doctoral en teología defendida por el autor en el Instituto Católico de París. Como su título indica, se estudia la exégesis agustiniana a la primera epístola de San Juan. Este hecho es ya un dato positivo en cuanto que, según apunta en el prefacio A. M. Bonnodière, supone «un retour aux sources vives» (p. I), un loable intento de poner de relieve algunos aspectos de la teología bíblica de San Agustín. Aunque se recurre a otros escritos del obispo de Hipona, el estudio se centra fundamentalmente en los *Tractatus in epistolam Joannis*, pertenecientes a una época un tanto polémica en cuanto que las relaciones entre católicos y donatistas eran especialmente duras.

Después del prefacio, se presenta una tabla de abreviaturas y siglas, en la que se echa de menos una codificación de las obras de San Agustín más citadas en la obra, con lo que se hubiera evitado el tener que citarlas con el título completo. Viene a continuación una abundante y actual bibliografía, dividida entre autores antiguos y modernos. Entre éstos se cita una biografía de San Jerónimo que, quizás, hubiera sido preferible omitir para ceñirse a las obras más directamente relacionadas con el tema estudiado (cfr. p. 19).

Sigue una introducción general que estudia el mensaje de la primera epístola de San Juan y la exégesis agustiniana a este escrito joánico. El capítulo primero, titulado «Le précepte de la charité fraternelle», comprende el contenido y características del «entolé» en San Juan, la extensión del amor de los hermanos hasta los mismos enemigos, y del odio, como oposición a la caridad fraterna. El capítulo segundo, «Perfection et croissance de la charité fraternelle», trata de entregar la vida a ejemplo de Cristo y los propios bienes, de «amar con obras y de verdad». El capítulo siguiente habla de «La charité fraternelle, signe distinctif du chrétien». Se fija, sobre todo, en los pasajes en los que San Juan afirma que quien ha nacido de Dios ama a su hermano (1 Joh 3, 9 y 1, 8; 5, 16), y que quien cree ama también a su hermano (1 Joh 4, 2-3ab y 5, 1). En el capítulo cuarto se estudia la «Charité fraternelle et union à Dieu par l'amour»: quien ama a su hermano, ama también a Dios, contempla al Señor y permanece unido a El. En el capítulo siguiente se

trata de la «Perfection de l'amour de Dieu» y estudia los pasajes siguientes: 1 Joh 2, 15-16 y 4, 18. El capítulo sexto y último lo titula «Le Dieu-Amour, mystère de l'amour des croyants» y se fija en la iniciativa divina en el amor, manifestado a través del Hijo y comunicado por el Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo. Termina con una conclusión general y unos índices de pasajes joanneos y agustinianos, y otro de palabras latinas.

En general resulta un trabajo muy elaborado, bien cimentado sobre la exégesis de San Agustín, sin descuidar los principales autores del momento que han tratado el tema. Quizá hubiera convenido aportar con más abundancia, si no siempre, el texto original latino que en el obispo de Hipona tanta fuerza y elegancia suele tener. De hecho, cuando se cita el original latino, la exposición adquiere más claridad y rigor y aclara mejor el pensamiento de San Agustín, cuya dicción latina no siempre es fácil de reflejar en otra lengua.

Entre los puntos que estudia con más amplitud, podemos destacar el de la relación existente entre el amor al prójimo y el amor a Dios. Ya desde el principio adelanta que San Agustín, al hacer exégesis a la primera epístola de San Juan, es un teólogo del *agapé*. De todos los temas, dice el A., «le premier est celui de la charité fraternelle: présentée d'abord comme un précepte du Seigneur, elle est considérée ensuite dans sa perfection et sa croissance, puis, elle apparaît comme le signe distinctif du chrétien» (p. 51). En otro momento observa cómo hay dos perspectivas en el mismo tema. Por una parte, el que ama a Dios ha de amar también al prójimo. Por otro lado, el que ama a su hermano ama también a Dios: «L'amour du frère implique donc, selon Augustin, l'amour du Dieu ou du Christ» (p. 138). En las conclusiones volverá a referirse al mismo tema en idénticos términos. Quizás en toda la exposición debería haber quedado más claro que el aspecto formal que distingue a la caridad, al amor cristiano, es precisamente que siempre está motivado y sostenido por el amor de Dios, hasta el punto de que puede uno darlo todo a los demás y no tener caridad, según señala San Pablo en su himno a la caridad.

Otro punto en el que el A. se detiene de modo particular es en 1 Joh 4, 18b, donde el autor inspirado afirma que «el amor perfecto desecha el temor». Distingue San Agustín entre un *timor servilis* y *timor castus*. Para explicar la diferencia el obispo de Hipona se sirve de numerosas comparaciones. La más frecuente es la de la mujer adúltera y la que no lo es: «La femme adultère —traduce del latín el A.— dans le cœur peut par crainte de son mari s'abstenir du mal, cependant elle est coupable, sinon par le fait, du moins par la volonté. Mais bien différente est la crainte éprouvée par une chaste épouse. Elle crainte bien son époux mais chastement. La première le craint, parce qu'elle a peur qu'il ne vienne vers elle, meaçant et irrité; la seconde, parce qu'elle craint qu'il ne s'éloigne d'elle, mécontent et offensé. Pour la femme aimante, ce n'est pas la présence mais l'absence de son mari, qui lui fait de la peine» (pp. 198-199). Más adelante explica que en la medida en que entra el amor en el corazón va saliendo de él todo lo que pueda significar temor. Pero al mismo tiempo renace otro temor

muy distinto, no el que hace temblar ante un posible castigo, sino el que se apena ante la sola idea de alejarse de Dios (cfr. p. 200, 240 y 245).

En cuanto a la influencia de las corrientes de pensamiento pagano, tanto en San Juan como en San Agustín, pone manifiesto el A. la autonomía del escritor inspirado y de su comentario, aunque tanto uno como otro fueron conscientes de los movimientos filosóficos vigentes en el marco geográfico y de tiempo en que se desarrollaron.

ANTONIO GARCÍA-MORENO

David KNOWLES, *Tomás Becket*, Madrid, Ed. Rialp («Forjadores de la Historia», n. 11), 1980, 267 pp., 16 × 23.

Ediciones Rialp ha publicado este libro en su colección «Forjadores de la Historia», en la que apareció en su día la biografía escrita por Andrés Vázquez de Prada sobre Santo Tomás Moro. La inclusión en una misma colección de las características de «Forjadores» de las vidas de los dos célebres hombres públicos ingleses sirve para poner de relieve algo que vale la pena destacar de inmediato: las sugerentes semejanzas, los rasgos comunes que existen entre estos dos protagonistas de la historia inglesa y cristiana. Tomás Becket y Tomás Moro llevaron —el uno en el siglo XII y el otro en el XVI— el título de Canciller de Inglaterra y los dos gozaron de la íntima amistad de sus soberanos. A los dos, el favor del príncipe les confió la dirección de los negocios públicos del reino; y, como dramático desenlace de unas trayectorias paralelas, una muerte martirial, ordenada por aquellos mismos monarcas que les habían enaltecido, inscribió los nombres de los dos personajes en el catálogo de los santos de la Iglesia. Este sorprendente paralelismo no termina siquiera en el martirio, sino que se prolonga más allá de la muerte: la figura de los dos Santos conserva hoy, al cabo de los siglos, una sorprendente actualidad, y de ese interés es prueba la atención que les consagra en nuestros días la literatura, el teatro e incluso la cinematografía.

Tomás Becket ha sido el héroe de «Asesinato en la catedral» de T. S. Elliot y de «Becket o el honor de Dios», de J. Anouilh. Era de desear que este gran hombre —político, arzobispo y mártir— contase también con una biografía científica, que ofreciera al estudioso, y al hombre culto en general, la imagen fiel y veraz de su genuina personalidad. Nadie habría con más títulos para esta empresa que el profesor David Knowles, historiador bien conocido del Medioevo cristiano en Inglaterra y autor de varios importantes trabajos de investigación en torno al Arzobispo Becket. Knowles ha llenado cumplidamente el vacío que existía escribiendo un libro que, tal como era de esperar, constituye una obra histórica rigurosa y profunda.